

Presentación

UN CALDAS VENCIDO Y ARREPENTIDO.

Por Javier Guerrero Barón¹

I

Con motivo del bicentenario del fusilamiento de Francisco José de Caldas en Santafé, el 29 de octubre de 1816 por parte de Pablo Morillo, Juan Sámano y los comandantes de la Expedición Militar de Costa Firme, el Proyecto “Ruta del Bicentenario” de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia quiso no dejar pasar desapercibido este importante acontecimiento.

El fusilamiento de Caldas, a quien sus contemporáneos habían dado el apelativo de “el sabio”, significó para un sector de historiadores el descabezamiento de la primera generación nacional y especialmente la desaparición violenta de los primeros científicos. Según esta corriente la Reconquista destruyó no solamente la primera República sino la primera posibilidad de ciencia propia. Para otros historiadores Caldas fue una figura sobredimensionada por la historia heroica y -según ellos- sus aportes no fueron sustanciales y antes que un científico fue un artesano de los instrumentos científicos disponibles y a su alcance para esa época o cuanto más un gran ingeniero o un naturalista con acceso a muy pocos libros científicos y con muchas limitaciones en su formación en el Seminario de Popayán, especialmente en el campo de las matemáticas. Para algunos de estos estudiosos tampoco merece la dimensión de patriota ya que luego de su captura, en tanto que pedía clemencia a sus verdugos, abjuró de sus ideas y de su participación en la revolución de la primera República.

¹ Sociólogo, Magíster y Doctor en Historia, profesor de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

Y realmente mucho de esto es cierto: Caldas participó en la guerra civil entre centralistas y federalistas, manifestando un profundo odio político al líder de los centralistas, Antonio Nariño, influenciado por su pariente Camilo Torres Tenorio, líder de los federalistas de las Provincias Unidas que fundaron la Primera República de América Latina en 1811 con la proclamación de la Constitución de Tunja. Paradójicamente, uno de los primeros actos de gobierno de Nariño, una vez fue nombrado presidente de Cundinamarca, fue nombrarlo capitán del cuerpo de ingenieros. Tampoco era el más leal. Como tal participó en la expedición de Antonio Baraya enviada para reducir al Congreso de Tunja, y el 12 de mayo de 1812, con su comandante, firmó un acta desconociendo a Nariño y apoyando al Congreso, luego de hacer un minucioso trabajo de convencimiento a Baraya de abandonar y traicionar a su presidente. El 6 de octubre fue nombrado en Leyva como miembro de la Comisión Militar con el grado de Teniente Coronel y apoyando a Baraya en la derrota de su antiguo jefe, Nariño, en la Batalla de Ventaquemada. Pero una vez derrotadas las fuerzas en Santafé en enero de 1813, Caldas huye a Antioquia y se une a las fuerzas de Juan del Corral donde ejerce como Coronel de Ingenieros y funda la fábrica de municiones.

El huracán revolucionario lo involucra desde los tiempos del Observatorio, sin que se evidencie un anti-monárquico de principios como si lo eran los constitucionalistas de Tunja. Ejerció como un recio enemigo de Nariño y de los que lo acompañaban y ardoroso federalista y sus posturas pronto le trajeron represalias no solo sobre él sino sobre su familia y sus bienes. Eran los comienzos de lo que hemos denominado como “síndrome de Caín”, el odio a muerte entre hermanos que ha acompañado a la república desde sus orígenes, como él mismo lo dice: “[...] *Quien había de creer que la Federación, este sistema bajado del cielo para consolar a los mortales de las maldades de los reyes, el único que puede ponernos a cubierto de los furores de la tiranía, había de ser la manzana de la discordia entre hermanos?*...”²

2 Carta a Miguel Pombo, Tunja, Agosto 22 de 1983. En Caldas, Francisco José de, *Cartas de Caldas ilustradas recopiladas y publicadas por Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Asociación de Amigos de la Casa Museo Caldas.* - Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2016, p. 353.

Algunos de sus biógrafos han reconocido sus debilidades antes de estos ensayos críticos. Por eso no es cierto que trabajos como el que incluimos en esta compilación, como en el caso de Jorge Arias de Greiff sean destructivos de la figura de este notorio y controversial granadino. Dice en 1966 Alfredo Bateman, uno de sus biógrafos:

*“...Caldas fue el verdadero precursor de la ingeniería nacional. Críticamente hablando y desde un punto de vista estrictamente científico, no puede considerarse como un genio analítico; sus matemáticas son poco profundas, y carece en sus escritos de la precisión del análisis lógico necesario para alcanzar verdaderas conquistas en el ramo de las matemáticas puras. Empero, ¡qué intuición la suya! Genio esencialmente intuitivo fue, ante todo, un físico en el sentido estricto de la palabra; y como tal es un modelo...”*³

Pero independientemente de las vertientes interpretativas sobre la vida y obra de este hombre que ejemplifica las fortalezas, debilidades y ambivalencias de la sociedad en una época de transición y de la mentalidad de muchos criollos e ilustrados que abrigaron la causa republicana sin romper del todo sus afectos con el viejo régimen monárquico, su figura simboliza a una generación joven que de alguna forma entregó su vida por su participación en la causa fallida de la primera República.

Pese a la revelación de un gran acervo documental y a la obra de investigadores que han hecho importantes aportes sobre su vida y obra, aún quedan varios interrogantes sobre los hechos que rodearon su muerte.

Recientemente, surge la pregunta sobre cuáles fueron los motivos que precipitaron la sentencia de muerte de Caldas y la incidencia de la conducta de los militares españoles que participaron en esta decisión: en Quito Toribio Montes, el Coronel Juan Sámano en Popayán y el Teniente General Pablo Morillo en Santafé. Se habla de que existió una transcripción de un testimonio de un militar venezolano en el Fondo histórico de la Academia Colombiana de Historia “Mártires”, de Eduardo Posada, una versión de un duelo verbal entre Pablo Morillo y Pascual Enrile, (el

3 BATEMAN, Alfredo. Francisco José de Caldas, Síntesis biográfica. En: Caldas, Francisco José de. Obras Completas. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Imprenta Nacional, 1966. P.8. <http://www.bdigital.unal.edu.co/79/> Recuperado: 1-12-2016.

segundo de a bordo del teniente General Morillo), en torno a la vida o la muerte de Caldas. Es bueno recordar que es a un diálogo entre estos dos personajes que se le imputa a Enrile la frase “España no necesita sabios” que no aparece en documentos. Se ha especulado sobre la suposición de que Morillo y Montes estaban a favor del indulto a Caldas después de su captura, a lo que Pascual Enrile y Juan Sámano se opusieron, ejecutando sumariamente la fatal sentencia, aunque no existe certeza documental al respecto⁴.

Caldas en su última carta en que pide clemencia a Pascual Enrile mencionó que sus conocimientos en la navegación y cómo podrían serle útiles a España como piloto de la marina, en el caso de que se le diera el indulto. Se puede inferir de la reflexión de Arias de Greiff, en su artículo de este libro, que ofrecer ser piloto de barco a este guardiamarina de la escuela de Cádiz que desde los 16 años fue oficial de guerra en África y alcanzó el grado de Oficial de Fragata en 1790 y que dominaba, obviamente la “astrología de los navegantes”, no era esta una oferta seductora y tal vez, aceptando que la frase la dijo él- “España no necesita sabios”, se refería a ese tipo de conocimientos de astronomía común para un avezado marinero y para muchos españoles con formación similar, lo cual no implicaba un saber excepcional y necesario para la supervivencia del imperio o para el servicio de uno de los oficiales que piloteó las naves de la expedición de Pablo Morillo.

Continuando con la pregunta: Qué pesó más: Que Caldas fuera un traidor al rey o un militar granadino rebelde. Ello conlleva a revisar en los epistolarios los vínculos de Caldas en la lucha entre federalistas y centralistas y su alineamiento con Baraya y su primo Torres contra Nariño. Su incorporación militar a las tropas y luego su traslado a Antioquia donde como coronel sirvió a los planes de fortificación de Juan del Corral, en territorios del río Cauca donde realizó importante material cartográfico, que en 2010 rescató en archivos españoles Mauricio Nieto. Esa mutación del naturalista director del Observatorio a ingeniero militar y

4 Se cataloga este episodio como una leyenda colombiana, fundada más en una tradición oral, por cuanto no consta en ningún documento español. Hay quienes niegan su autenticidad, aduciendo que pudo estar asociada con la frase atribuida al caso del científico Antoine Lavoisier, quien fue enviado al patíbulo por un juez de la revolución francesa por haber criticado la obra de Jean-Paul Marat, con la sentencia “*La République n’a pas besoin de savans*”: “La república no necesita sabios”.

el cambio de su imagen para los enemigos y victimarios y tuvo que haber pesado, muy seguramente, en la decisión trágica de su fusilamiento.

Este viraje político del científico astrónomo y naturalista Caldas hacia la causa republicana está marcado por su paso por el Observatorio Astronómico, encargado a la muerte de Mutis por el Virrey Amar y Borbón. Es en el Observatorio donde se diseña el plan de la provocación a los chapetones del 20 de julio de 1810 y luego tiene intenso contacto con Joaquín Camacho, con quien co-edita el periódico *El Diario Político*, donde pone en juego sus ideas republicanas y científicas. A Caldas no lo sentencian a muerte por científico, sino por su condición de coronel militar insurrecto, y miembro de un proyecto revolucionario que pretendía derrotar el gobierno colonial.

Pero hay otro aspecto a tener en cuenta y esto puede explicar los términos suplicantes de quienes abrigan la posibilidad de conservar la vida si logran una actitud convincente: Caldas y sus amigos condenados a muerte abrigaban la esperanza de clemencia de sus verdugos, con el argumento de que Fernando VII había promulgado el indulto para quienes se entregaran a la autoridad del Rey, previo juicio sobre sus conductas. Es por ello que en la carta que firma junto a Manuel Rodríguez Torices y José María Dávila, el 21 de julio de 1816 desde la prisión en Popayán, a la letra dicen:

*“[...] que vuestra excelencia nos mande trasladar a Quito para juzgar nuestros errores y nuestros delirios que detestamos altamente, y por lo que reclamamos la piedad del rey y la innata bondad de vuestra excelencia. Nosotros dejamos a Santafé en los días de los disparates del francés Servier y retirados en Popayán, resolvimos escondernos en un bosque hasta que pasados los días de efervescencia pudiésemos presentarnos al señor brigadier y general don Juan Sámano, o seguir por la vía de Almaguer a hacerlo a vuestra excelencia en Quito; pero la desgracia nos privó del consuelo de presentarnos, porque fuimos sorprendidos en nuestro retiro y nos entregamos sin la menor resistencia a las armas del rey [...]”*⁵

5 Carta a Toribio Montes, Popayán, julio 21 de 1816. En Caldas, Francisco José de, *Cartas de Caldas ilustradas recopiladas y publicadas por Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Asociación de Amigos de la Casa Museo Caldas*. - Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2016, p. 371.

Pero ¿quiénes eran los otros firmantes de la carta para que fueran tan importantes para Sámano? Manuel Rodríguez Torices había suscrito el acta de de Independencia de Cartagena, Presidente del gobierno de republicano de la Provincia y fue quien apoyó a Bolívar en la Campaña de bajo Magdalena que lo llenó de prestigio en la Nueva Granada. Pero había sido además miembro del Triunvirato que se constituyó cuando se reconciliaron centralistas y federalistas en 1814, lo cual lo hizo Presidente por unos meses de la Primera República fundada en América Latina, las Provincias Unidas, con sede en Tunja, luego en Santafé o “la Unión” como se le denominaba, de cuyos ejércitos fue comandante Bolívar. Su otro compañero de celda era José María Dávila Saldaña, revolucionario del 20 de julio de 1810, constituyente del Congreso de Villa de Leyva de 1814, dirigente de la última etapa de gobierno de la República de las Provincias Unidas. Y el coronel Caldas, sobrino de uno de los grandes estrategas de la revolución y de los fundadores de la Primera República. Pero ante todo, no le perdonarían su cargo militar con grado de coronel. Además, la caída de Camilo Torres, hacía más importante el ajusticiamiento de su pupilo, considerados ambos ideólogos de la afrenta republicana contra la monarquía y el imperio colonial en decadencia.

En los documentos se puede observar el interés político de Sámano de no enviar los prisioneros como lo solicita Toribio Montes, Capitán General de Quito, quien era proclive a un juicio justo y a un posible indulto. Además, aunque ordenó insistentemente la ejecución de Antonio Nariño, caso en el que tal vez las redes de la masonería de Cádiz, lo protegieron, porque la prisión en Pasto fue inusualmente condescendiente. Pero en el caso de estos prisioneros, Montes era amigo de una estrategia de capitulación de los republicanos. Sámano, de acuerdo con Pascual de Enrile, el hombre de confianza de Morillo y segundo comandante de la Expedición de Reconquista, vio una oportunidad enviando los prisioneros a Santafé donde tenía puesta la mira de su futuro militar, como quedó evidenciado posteriormente al obtener el puesto de Virrey en 1817, tal vez en recompensa a su labor pacificadora en el Cauca, ganaría méritos con la remisión de los que serían ejecutados ejemplarmente en Santafé en octubre del año 1816.

Sámano conocía la trayectoria de estos hombres y de los patriotas de Popayán que lo habían derrotado en las batallas de Palacé y Calibío, por las que en 1815 esperaba un proceso judicial. La mano dura con los

presos y su prestigio de sanguinario tenía dos motivaciones: ganar méritos con la Corona ante el descalabro contra los caucanos y méritos con Morillo para ser reivindicado y nombrado en la plaza de Santafé, fuera de la órbita de Quito, donde estaba radicado su proceso. Para él estas ejecuciones, tal vez era la cuota payanesa de su venganza y de paso el terror que la pacificación quería sembrar en los revolucionarios. Allí murieron, además de Caldas, varios importantes alumnos de la Expedición Botánica de Mutis. Era la muerte calculada de la inteligencia.

Lo cierto es que el Régimen del Terror asesinó de manera ejemplar a Caldas y a los mejores miembros de una generación de jóvenes científicos políticos, no solo a hombres, sino a mujeres, que no dudaron en enfilarse en los ejércitos, los unos, y ellas ser parte de la utopía revolucionaria con su apoyo, para defender sus ideas en el marco de las contradicciones de la experiencia republicana.

Esa fue la suerte de esta primera República que muere ahogada en la estela de sangre donde esa primera generación nacional, de la nación que se quería escapar de la monarquía y que deseaba romper la coyunda colonial, generosa y entregada a sus ideales y de cuyas cenizas emerge una nueva etapa de indignación y valor cuando los sobrevivientes de la masacre se reorganizan, ya no como periodistas, científicos y constitucionalistas, sino como un ejército insurgente, que ratificaría la vocación republicana y anticolonial, hasta la fundación de la República de Colombia y la derrota definitiva del régimen monárquico en la campaña libertadora, primero de la Nueva Granada, luego del resto del imperio hispánico, a partir de 1819, con las grandes batallas del Pantano de Vargas y Boyacá, en 1819, Carabobo en 1821, Pichincha en 1822, Junín y Ayacucho en 1824 y la coordinación con los ejércitos del Río de la Plata y Chile. De las ruinas de esta primera experiencia se construiría el arco del triunfo por donde todo el subcontinente latinoamericano ingresaría de manera irreversible a la modernidad de la República y la democracia para producir la derrota definitiva de la monarquía española en América, restando solamente la liberación de Cuba y Puerto Rico, proceso que se completaría en 1898.

Se cumplía así la ley del estratega militar y filósofo alemán Carl von Clausewitz: la guerra de independencia, era la continuación de la política, de las constituciones, de los derechos humanos, de los discursos libertarios y autonomistas por otros medios. La lucha que contra el co-

lonialismo había sido relativamente fácil hasta 1815, por la suspensión en el trono de Fernando VII, se transformaba en el huracán de una larga guerra por la libertad por parte de ejércitos de americanos y de legionarios europeos y Caribeños unidos en la misma causa. Pero para esa fase de la revolución Caldas ni sus compañeros de ciencia y política podrían estar y ya sus luces de científicos y filósofos no podrían iluminar la gran República de Colombia que surgiría de esta epopeya. Tal vez por ello la revolución quedó en manos de estrategas y militares y la Colombia grande que surgió quedó mutilada de ideas que mitigaran el fuego de las palabras duras de los guerreros que no supieron conducir la suerte del sueño republicano, que en una década estaría destrozado por los discursos del odio.

II

ESTRUCTURA DE ESTE LIBRO

Para comprender integralmente el proceso bicentenario, hemos recopilado algunos textos fundamentales para que cualquier lector no especializado comprenda la importancia de la vida y obra como científico, ingeniero militar, geógrafo, botánico, astrónomo, naturalista y periodista, quien por su erudición e inquietud intelectual se ganó el respeto de su generación y fue conocido como “el sabio”, considerado después del español natural de Cádiz, José Celestino Mutis, el primer científico nacional. Pero no pretende este esfuerzo editorial un libro más de apologías a los héroes y padres de la patria. Este libro se plantea una polémica sobre el significado de la vida y obra de Francisco José de Caldas en el contexto de la revolución continental latinoamericana que pretendemos conmemorar con la Colección “Ruta del Bicentenario”.

Para el lector profano en la historia de este personaje, su época y su contexto, se proponen grandes trazos biográficos de diferentes momentos de su vida que dan cuenta de su quehacer investigativo y su inmersión en el mundo político, de la pugna entre federalistas y centralistas acompañado de un conjunto de cartas y documentos en búsqueda de la impronta de Humboldt y su fallida idea de acompañarlo por Ecuador y el Sur, de la Carta mencionada a Toribio Mon-

tes, y finalizando con la carta testamento moral y amoroso a su esposa Manuela Barahona (o Varona).

La primera parte contiene tres visiones históricas de Francisco José de Caldas. La primera de ellas, un ensayo, del historiador Mauricio Nieto Olarte, “*Francisco José de Caldas: Geografía y Política en El Semanario del Nuevo Reyno de Granada*”, que nos presenta una visión crítica de la historiografía tradicional que ha rendido un culto a las élites criollas participantes en la independencia sin entender su mentalidad y sus limitantes para comprometerse con una revolución social y con grandes dificultades para separarse del modelo colonial y monárquico. Igualmente el autor se desmarca de esa historiografía de la ciencia que nos quiere mostrar a Caldas y Mutis a la altura de las ciencias europeas, sin que ello no tenga un fundamento demostrable.

El segundo ensayo, “Caldas, las Estrellas, las Montañas y el Fin”, del historiador de la ciencia Jorge Arias de Greiff, otro gran conocedor de la vida y obra de Caldas, quien describe de manera sucinta una especie de biografía intelectual, mostrando el proceso de su formación científica, con sus virtudes y limitaciones. Es un texto cuyas tesis han causado importantes polémicas, por cuanto su hipótesis central radica en que las deficiencias matemáticas de Caldas le impidieron registrar el descubrimiento de la técnica de medición de la altura y la presión barométrica con base en el punto de ebullición del agua que sería el principio del hipsómetro y que las limitaciones intelectuales y el aislamiento, la carencia de nexos de comunicación con la comunidad científica internacional, luego de la muerte de Mutis, lo convirtieron más en un artesano que en un científico, dando a entender que la figura de Caldas como primer científico granadino ha sido sobredimensionada por la historiografía acrítica.

Incluimos un ensayo biográfico de Alfredo Bateman, publicado originalmente en 1967 en el Boletín cultural y Bibliográfico del Banco de la República, el cual hace una excelente síntesis de su obra.

Cierra la primera parte un texto del escritor, ensayista y novelista, Pablo Montoya, *Francisco José de Caldas, Naturalista*, tomado de su libro de ensayos ensayo “Adios a los Próceres”, y cuyos derechos pertenecen a la Editorial Random House, cedidos generosamente por su autor para esta

edición. En este ensayo se nos presenta una visión desmitificadora del héroe y del patriota en un lenguaje claro, pero comprensivo para hacer una semblanza crítica pero amable de las limitaciones de sociales de los individuos y de su época, desde una perspectiva humanista, pero implacable con las “súplicas cobardes” y por sus “retractaciones apocadas” de sus ideas anti-monárquicas.

Acompaña esta primera sección el **Anexo No. 1** el perfil de las amistades más cercanas de Caldas, corresponsales frecuentes de sus numerosas cartas. Se reúnen luego las cartas “Tras las Huellas del Barón”, que dan cuenta de su encuentro con Humboldt. Un último apartado epistolar muestra las dificultades “saltando matones económicos con su imprenta “el Sol” e incursionando en la vida militar. El **Anexo No. 2** contiene textos de Caldas sobre periodismo científico, astronomía, geografía de las plantas y otras temáticas en los años 1808, 1809 y 1811, que dan cuenta de su interés permanente por el conocimiento de la naturaleza, la geografía y la botánica.

La segunda parte del libro, “**Después de la Derrota**”, toma su nombre de un opúsculo corto del mismo nombre, publicado por el historiador Juan Friede en 1967⁶, como presentación de una muestra del epistolario de cinco documentos que entonces eran inéditos sobre la posición de varios caudillos ante la derrota de la Primera República por Pablo Morillo. Primero muestra la reacción de las autoridades de la Iglesia de Popayán que desde diferentes posiciones parecía respaldar la independencia, (documentos I y II), luego afirman sin pudor:

“[...] Ahora sí que seremos felices; ahora sí gozaremos de prosperidad bajo el cetro de un monarca piadoso que como un grande padre de familias emplea todos sus cuidados en mediar nuestras necesidades. Ahora finalmente veremos conservarse en su pureza y florecer hasta un grado muy eminente la santa religión que profesamos y que hizo las delicias de nuestros mayores. Tales son, hermanos míos, los incomparables bienes que nos

6 FRIEDE, Juan. Después de la derrota. Boletín Cultural y Bibliográfico, [S.l.], v. 10, n. 03, p. 471-477, mar. 1967. ISSN 2590-6275. Disponible en: https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/4436. Fecha de acceso: 28 jan. 2016

traen consigo las armas de nuestro rey católico dirigidas por sus ministros piadosos y cristianos[...].”

El cura de La Plata, Andrés Ordóñez y Cifuentes, (documento III), otrora ferviente partidario de la República, implora para pedir comprensión y misericordia, en los siguientes términos: “[...] El torrente de la revolución ha arrastrado a todo hombre, y aun a los más reflexivos y circunspectos los ha precipitado en mayores desaciertos. ¿Qué tengo yo que admirarme de los muchos errores que yo he cometido en estos seis años desgraciados y lamentables? [...]”.

El cuarto documento, que debiera ser el primero, pero hemos respetado el orden dado por su divulgador original, es la carta en la que Francisco José Caldas, Manuel Rodríguez Torices, y José María Dávila, adoptan una postura indecorosa y humillante ante el presidente de Quito, Toribio Montes, en la que reiteradamente hablan de su arrepentimiento y de “nuestros errores y nuestros delirios”, renunciando a cualquier asomo de dignidad.

El quinto documento, la carta dirigida por Camilo Torres a José María Domínguez. Torres es el pariente de Caldas. Primo de su madre, fue uno de los líderes e ideólogos más calificados de la revolución, presidente de las Provincias Unidas y quien designó comandante de su ejército a Bolívar. En su texto se va desdibujando y justificando en su desdén. Huyen todos antes de ser capturados.

Cierran estos escritos un epistolario final de las cartas de Caldas postrado y sin esperanza alguna. La primera de esta última sección su testamento amoroso a Manuela Barahona, su esposa y madre de sus dos hijos. Liborio que murió hacia los años 1814 o 1815, al parecer en un accidente doméstico y Juliana, quien sobrevivió a su fusilamiento. En esta carta se muestra en toda su dimensión sentimental y posesivo. Tres son las cartas a Toribio Montes y ya a punto de ser fusilado, dos días antes del fatídico 29 de octubre de 1816, su carta testamento en el que le pide piedad inútilmente a Pascual Enrile, su implacable verdugo. Es a quien se atribuye su frase patibularia, como se ha mencionado, “España no necesita sabios”. No hay duda de que a sus 48 años había sido un notable hombre de la República, independientemente de que sus ideales hubie-

ran sido doblegados por la derrota y el derrumbe de la República que no logró ser y que agonizaba ahogada en la sangre de sus fundadores.

La idea es que el lector se adentre en la vida de Caldas, en las justificaciones de su labor, en los informes científicos y a la correspondencia con su estilo y extensión; cartas que hablan por sí solas sobre sus sentimientos y malquerencias en la lucha política. La novedad de estas cartas es que forman un corpus interesante desde su inquietud y curiosidad, sobre su frustrante relación fallida con Humboldt y facetas de su personalidad y sus anhelos. Muchas de sus actitudes han sido satanizadas por los biógrafos. Que sea el propio Caldas quien muestre sus vivencias.

AGRADECIMIENTOS

Este libro surgió de la propuesta presentada a la UPTC por Luis Horacio López, secretario de la Academia Colombiana de Historia, luego de un largo proceso editorial, los artículos centrales cambiaron, con excepciones de Pablo Montoya, conservándose la selección de las cartas, del Anexo No. 1 enriquecida con otras misivas que ilustran los textos y debates incluidos. En este volumen de la colección “Ruta del Bicentenario” que busca presentar a un público no necesariamente especializado, una visión crítica del fin de la primera república a través de la angustia de los próceres vencidos por el ejército de la reconquista.

El editor agradece los aportes a la construcción del libro en primer lugar a los autores, a Luis Horacio López, gestor de esta idea, a la historiadora Inés Arias, a la editorial Random House por autorizar la publicación del artículo de Pablo Montoya, y sobre todo a la coordinación de la gestión del proyecto editorial, primero Natalia Reyes y a la asistente editorial la historiadora Angela Parra.